

franciscano, cuyo nombre y apellido no se halla, estaban hácia el frente del Rey. Sentados todos y estando todo en silencio, se levantaron á un tiempo Mr. Chevres y el gran Canciller, y cada uno por su lado, subiendo las gradas del trono, hincaron las rodillas á los piés del Rey, y despues de haberle hablado un rato en voz baja, volvieron á sus asientos, y el gran Canciller mandó, en nombre de su Majestad, al Obispo del Darien que se explicase sobre el negocio de repartimientos.

Se levantó el Obispo y se excusó al principio, alegando que era un negocio demasiado importante para ser tratado en público; que traia muchas cosas graves y secretas del real servicio que tratar, y no convenia decirlas sino á su Majestad y Consejo; por tanto, le suplicaba mandase salir á los que no eran del Consejo. Aquí observa el historiador Herrera, que esta fué la primera vez que fué tratado el Rey de España en el Consejo de *sacra majestad*, porque acababa el Principe de recibir el decreto de su eleccion á la corona del imperio. Recibió el Obispo segunda órden del Rey para que hablase, y insistió en otras excusas, diciendo que no convenia ni á su edad ni á su carácter entrar en estas contestaciones; pero al fin el gran Canciller le dijo que todos los que se hallaban presentes habian sido llamados

para asistir á este Consejo, y que su Majestad le mandaba que hablase. El Obispo, pues, sin entrar en detalle alguno, habló de esta manera:

« Há cinco años que parti de estos reinos para
« tierra firme. En todo este tiempo no se ha he-
« cho cosa buena ni en servicio de Dios ni en el
« del Principe. Viendo, pues, que aquella tierra
« se perdia, y que el primer Gobernador de ella
« fué malo y el segundo peor, y que todo se en-
« caminaba mal en aquella tierra, determiné pa-
« sar á España á fin de informar á V. M. de lo
« que pasa; y en lo que toca á los indios, es muy
« extraordinario que se dispute todavía sobre un
« punto que tantas veces ha sido decidido en los
« Consejos de los Reyes Católicos, abuelos de V.
« M. Sin duda se ha tomado esta determinacion
« para tratarle con todo rigor por haber reflexio-
« nado sobre el genio y costumbres de los in-
« dios. ¿Para qué hemos de referir aquí las re-
« beliones y las perfidias de tan indigna gente?
« ¿Se ha podido jamás reducir á los indios sin la
« fuerza? ¿Quién ignora cuánto aprecian el oro y
« cuánta industria se requiere para sacárselos,
« siendo de suyo tan desconfiados? ¿No han
« tentado todos los medios para acabar con sus
« amos y sustraerse de su nuevo dominio? Por
« noticia que tengo de los de la tierra adonde he
« estado, y de las otras partes de las Indias que

« de camino he visto, soy de sentir *que han*
 « *nacido para la esclavitud, y solo en ella*
 « *los podremos hacer buenos.* No nos lisonjee-
 « mos; es preciso renunciar sin remedio á la
 « conquista de las Indias y á los provechos del
 « Nuevo-Mundo si se deja á los indios bárbaros
 « una libertad que nos seria funesta. ¿Pero qué
 « hay que oponer contra la esclavitud á que es-
 « tán reducidos? ¿No ha sido siempre el privile-
 « gio de las naciones victoriosas y la suerte de
 « los bárbaros vencidos? ¿Se portaron de otra
 « manera los griegos y los romanos con las na-
 « ciones indómitas que sujetaron con la fuerza
 « de las armas? Si en algun tiempo merecieron
 « algunos pueblos ser tratados con dureza, es en
 « el presente los indios, más semejantes á bes-
 « tias feroces que á criaturas racionales. ¿Qué
 « diré de sus delitos y de sus excesos, que dan
 « vergüenza á la misma naturaleza? ¿Se nota en
 « ellos alguna tintura de razon? ¿Siguen otras le-
 « yes que no sean las de sus brutales pasiones?
 « Pero dicen que por el rigor de sus amos y ti-
 « ranía de los repartimientos no abrazan la reli-
 « gion. ¿Qué pierde la religion con tales sugetos?
 « Se pretende hacerlos cristianos, casi no siendo
 « hombres. Digan los ministros que han entrado
 « hasta aquí en sus tierras cuál ha sido el fruto
 « de sus trabajos y cuántos verdaderos prosélitos

« han hecho. Pero son almas redimidas con la
 « sangre de Jesucristo: convengo en ello. No
 « quiera Dios que yo pretenda abandonarlos, y
 « por siempre sea aplaudido el celo de nuestros
 « piadosos Monarcas para atraerlos al rebaño de
 « Jesucristo; pero sostengo que la esclavitud es
 « el medio más eficaz, y añado que es el único
 « que se puede emplear. Siendo ignorantes, es-
 « túpidos, viciosos, ¿cómo se les podrá instruir
 « en las cosas necesarias si no son reducidos á
 « una servidumbre saludable? Tan ligeros é in-
 « diferentes para renunciar al cristianismo como
 « para abrazarlo, los vemos muchas veces salir
 « del bautismo para seguir sus antiguas supers-
 « ticiones. Convendrá, pues, no abandonarlos á
 « sí mismos, sino dividirlos en cuadrillas, ponién-
 « dolos bajo la disciplina de los más virtuosos
 « españoles, porque sin esta diligencia, en vano
 « se trabajaria en reducirlos á la vida racional de
 « hombres y jamás se lograria hacerlos buenos
 « cristianos.»

Fué oído con atencion el discurso del Obispo,
 y recibido segun las diferentes disposiciones de
 los ánimos. Habiendo concluido, se encaró el
 Canciller con el padre Casas, y en nombre del
 Rey le mandó responder, lo cual hizo en estos
 términos:

« Señor: Soy uno de los primeros castellanos

« que pasaron al Nuevo-Mundo, recientemente
 « descubierto en el reinado de los invencibles
 « Monarcas Don Fernando y Doña Isabel, pre-
 « decesores de V. M. No me movió ni la curio-
 « sidad ni el interes á emprender un viaje tan
 « largo y peligroso: la salvacion de las almas
 « fué el único objeto de mis deseos. Quisiera
 « Dios que pudiera emplearme con todo el fruto
 « que pedia una mies tan abundante, y que con
 « la sangre de mis venas pudiera rescatar la pér-
 « dida de tantos millares de almas sacrificadas
 « infelizmente á la codicia ó á la impureza. He
 « sido testigo ocular de la variedad de conductas
 « que se ha tenido con los naturales de aquellas
 « tierras: no acabaria jamás, y abusaria dema-
 « siado del honor que me hace V. M. si le ha-
 « blase con extension de tantos horrores que he
 « visto ó he sabido por personas fidedignas. Me
 « he dado por entendido de ellos más de una vez
 « en este Supremo Consejo, y he informado á
 « V. M., quien no habrá olvidado lo que en es-
 « ta materia me he tomado la libertad de insi-
 « nuarle; pero me pareceria hacer traicion á la
 « inocencia si dejara sin justa réplica, delante
 « de un congreso tan augusto, á lo que acaba de
 « proferir el ilustrisimo Obispo de tierra firme.
 « En primer lugar, no puede hablar este prela-
 « do de los habitantes de su Provincia: y qué ¿no

« seria injusticia juzgar de todos los pueblos por
 « uno solo? En segundo lugar, se intenta persua-
 « dirnos que fueron necesarias tan bárbaras eje-
 « cuciones para castigar ó para impedir la rebe-
 « lion de los indios, que nos diga por dónde
 « comenzó. ¿No recibieron estos pueblos á los
 « primeros españoles con humanidad y manse-
 « dumbre? ¿No tenian más gusto de ser pródigos
 « de sus tesoros que ansias el español de recibir-
 « los? Pero no se sació nuestra codicia: nos aban-
 « donaron sus tierras y casas y riquezas: quisimos
 « quitarles tambien sus hijos, sus mujeres y su
 « libertad. ¿Podiamos pretender que se dejasen
 « ultrajar de un modo tan sensible, que se deja-
 « sen degollar, prender y quemar sin manifestar
 « el más leve sentimiento? A fuerza de declamar
 « contra los infelices, se pretende insinuar que
 « apenas son hombres: tengamos vergüenza de
 « haber sido ménos hombres y más bárbaros que
 « ellos. ¿Qué otra cosa han hecho mas que defen-
 « derse siendo acometidos, rechazar con las armas
 « las injurias y la violencia? Suministró siempre
 « la desesperacion armas á los que están reduci-
 « dos al último extremo. Se cita el ejemplo de
 « los romanos para autorizar la esclavitud de estos
 « pueblos. ¿Así habla un cristiano, un obispo? ¿Es
 « este el Evangelio que predica? se arroja á decir,
 « que han nacido para la esclavitud: y desde el

« principio del mundo han sido ménos esclavos
 « que los demás hombres, sin interes y sin pasion.
 « No lisonjemos nuestra codicia, ni nos dejemos
 « cegar de la libertad que poseemos: todas las
 « naciones son igualmente libres, y á nadie le es
 « permitido intentar sobre la libertad de otros:
 « tratemos á estos pueblos americanos como hu-
 « biéramos querido que nos tratasen si hubieran
 « parecido sobre nuestras costas con la misma su-
 « perioridad de fuerzas que teniamos sobre ellos
 « cuando los hemos descubierto. Y ¿quién impide
 « esta igualdad de una y otra parte? ¿desde cuándo
 « el derecho del mas fuerte ha prevalecido y pres-
 « crito contra el de la justicia? ¿qué ley, que ar-
 « tículo del cristiano lo autoriza? ¿qué derecho
 « tenemos de hacer esclavos unos pueblos que
 « nacieron libres, que nosotros invadimos sin que
 « jamás nos hubiesen ofendido? Sean en hora
 « buena vasallos nuestros: la ley del más fuerte lo
 « autoriza; ¿pero por dónde merecieron ser es-
 « clavos? »

« Dicen que son estúpidos, brutales y dados á
 « todos los vicios; ¿quién lo puede extrañar? ¿que
 « otras costumbres se pueden esperar de unos
 « pueblos privados de la luz del Evangelio? Ten-
 « gamos lástima de ellos, pero no los oprimamos,
 « procurémos instruirlos, alumbrarlos, corregir-
 « los y ponerlos en orden, pero no los desespe-

« rémos. Si el reverendo obispo quiere reflejar
 « en aquello que les achaca de viciosos en extre-
 « mo, convendrá conmigo que los mas de los vicios
 « que tienen, los han aprendido de los mismos
 « cristianos, y que en aquellos que los cristianos
 « han tomado de los indios les han llevado su
 « ventaja. ¿Acaso puede negarse que el orgullo,
 « la avaricia, la ambicion, la blasfemia, la traicion
 « y otros muchos monstruos semejantes, no han
 « inficionado aún á estos infieles, ni los han co-
 « nocido, y que toda la ventaja que podemos li-
 « sonjearnos de tener sobre ellos se reduce á la po-
 « sesion de mayores luces, de más despejado en-
 « tendimiento y modo de pensar más elevado?
 « Ventajas todas á que suplen sobradamente estos
 « pueblos con su grande sencillez, su mansedum-
 « bre inalterable y el candor de su buena fe. Di-
 « cen que no son capaces de gobernarse por sí
 « mismos: ¿cómo, pues, han perseverado tanto
 « tiempo bajo el gobierno de sus caciques? ¿quién
 « les ha preservado de guerras hasta aquí intes-
 « tinas que han turbado tanto en tan repetidas
 « ocasiones los Estados más florecientes y mas
 « bien arreglados de la cristiandad? pero en fin,
 « démos por supuesto lo que ante todas cosas se
 « debe probar, que hayan menester tutores. ¿Y
 « dónde se han de hallar? ¿Entre nosotros? ¿Y có-
 « mo hasta ahora han sido tratados? ¿no seria fiar

« á los lobos el cuidado de unos corderos? Todas
 « las regiones del Nuevo Mundo están horroriza-
 « das con los gritos de aquellos infelices que las
 « pueblan y gimen bajo el peso de un yugo más
 « tiránico que el de los Phalaris y Dionisios. ¿Qué
 « diríamos si estos pueblos logrando la ocasión
 « de hacernos en retorno todos los daños que les
 « hemos hecho, se pusieran en estado de apro-
 « vecharse de ella? porque al fin al derecho de
 « represalia juntarian el que sugiere y da la ne-
 « cesidad para precaverse en lo de adelante. No
 « por esto se han autorizado, ni se autorizarán ja-
 « más en el tribunal de la posteridad las concu-
 « siones, los engaños, las violencias, las rapiñas
 « y otros excesos, por cuyos medios se han lle-
 « gado á destruir pueblos innumerables. Con todo
 « esto, son cristianos que pongo en paralelo con
 « idólatras; y lo que más de admirar es, que se
 « colocan todos estos delitos bajo de la especiosa
 « apariencia de celo. ¿Qué diré del pretexto de
 « religion con que se quiere cubrir una injusticia
 « tan abominable? ¡Qué! las cadenas y los grillos
 « han de ser el primer fruto que sacan estos pue-
 « blos del Evangelio? ¿cómo han de gustar de la
 « santidad de nuestra Ley unos corazones enve-
 « nados con el odio, é irritados con el robo de
 « lo que más estimaban en el mundo, quiero decir
 « de su libertad. ¿Se sirvieron los apóstoles y otros

« varones santos de tales medios para convertir
 « las naciones? Fueron ellos mismos encadena-
 « dos, pero á nadie pusieron en cadenas. ¿En qué
 « países del mundo los apóstoles y otros minis-
 « tros evangélicos han pensado tener derecho
 « sobre la vida, hacienda y libertad de los infie-
 « les? ¿Qué extraño modo es éste de predicar el
 « Evangelio, esta Ley de gracia y de santidad,
 « que de esclavos del demonio los hace disfrutar
 « la libertad de verdaderos hijos de Dios, redu-
 « ciendo á la más dura esclavitud, los que han
 « nacido libres, vejando y azotando cruelmente
 « á unos inocentes cuyo delito para nosotros no
 « es otro que el no poder sufrir los trabajos que
 « les imponemos, cubriendo su tierra de un di-
 « luvio de sangre, robándoles hasta lo más nece-
 « sario, y lo peor, escandalizándolos con los más
 « vergonzosos excesos? Vino Jesucristo á librar-
 « nos de la servidumbre, y no para reducirnos á
 « la esclavitud: la sumision á la fe debe ser un
 « acto libre, la persuasion, la suavidad y la razon
 « la predicacion: la violencia hará hipócritas y nunca
 « verdaderos cristianos. Séame permitido pregun-
 « tar al reverendo obispo, ¿si desde la esclavitud
 « de los indios se ha notado en ellos más anhelo
 « para abrazar la religion? ¿si los amos á quienes
 « han sido entregados han trabajado mucho en
 « instruir y disipar su ignorancia? ¿Qué grande

« servicio ha hecho el repartimiento á la Iglesia
 « y á la religion? Cuando llegué por la primera
 « vez á la isla, estaba habitada por un millon
 « de hombres, apénas queda hoy la centésima
 « parte. La miseria, los trabajos, los castigos, la
 « crueldad y la barbarie los han hecho perecer á
 « millares. ¿Es un juego la muerte de estos mise-
 « rables? Los sepultan vivos en horrorosas cue-
 « vas, donde no reciben ni la luz del dia ni la del
 « Evangelio. Ved, señor, lo que ocultan á V. M.
 « Esto es lo que he visto, y nadie se atreverá á
 « contradecir lo que he alegado en defensa de los
 « pobres indios. Ahora, señor, juzgad la causa
 « de estos infelices segun las máximas de vuestra
 « sabiduría, equidad y religion. Será muy propio
 « de vuestra sacra R. M. en el principio de su
 « reinado poner en esto remedio. »

Acabó el padre Casas su arenga, implorando la clemencia del emperador por unos vasallos tan injustamente oprimidos, y avisándole que le pediría Dios cuenta de tantas injusticias que podia impedir. Tuvo orden despues el padre franciscano de decir su parecer: obedeció, y aseguró al principio de su discurso que habiéndose mandado la obediencia en dos distintas ocasiones que contase los indios, habia hallado que habian perecido en aquel tiempo muchos millares: que se veian disminuir cada dia en número, y que respecto á los

daños y males de la isla que se intentaba remediar, le parecian á él incurables. Dijo despues que se temia mucho hubiesen llenado la medida los delitos de los castellanos en las Indias, para que Dios los echase fuera de sus nuevas conquistas; que contra sus propios intereses y toda razon habian enteramente despoblado de sus habitantes naturales, porque en fin, añadió él, « cuando el
 « Señor le dijo á Cain, ved la sangre de vuestro
 « hermano Abel, que desde la tierra levanta el
 « grito hácia mí, no era mas que la sangre de uno
 « muerto injustamente. ¿Si la sangre de un hom-
 « bre derramada inicuaamente clama al cielo por
 « venganza, qué clamores no dará la de tantos
 « infelices derramada cada dia inhumanamente?
 « Pues, señor, por la sangre de Jesucristo y por
 « las llagas de San Francisco, mi Padre, suplico á
 « V. M. que lo remedie, poniendo fin á una ti-
 « ranía, cuya continuacion le atraerá sin remedio
 « sobre su real Corona y todos nosotros, todo el
 « peso de la justa indignacion del Rey de los Re-
 « yes, Nuestro Señor Dios. »

El Almirante de Indias fué el último á quien se mandó de parte del Rey dijese su sentir, y en pocas palabras dijo: que jamás habia aprobado los repartimientos, añadiendo que si no se apresuraba S. M. en poner remedio y contener los daños y desórdenes que eran manifiestos, siendo dema-

siado verdaderos los que habian relatado y reprehendido el licenciado y el religioso franciscano, bien presto las Indias no serian mas que unos desiertos vastísimos. Que no habia tenido en parte otro motivo para volverse á España que el de representar esto mismo al difunto Rey Católico, y que este era uno de los mas grandes negocios que podia terminar, y que interesaban más su gloria y su real conciencia.

Levantóse luego el obispo del Darien, y pidió licencia para volver á hablar, pero el gran Canciller le dijo de orden del Rey que, si tenia mas que decir que lo pusiese por escrito, y que su Majestad lo examinaria con toda la extension que pedia la materia. Hizo este prelado dos memoriales concernientes únicamente á los negocios de la Provincia del Darien en tierra firme: cuando los hubo acabado fué á comer con el gran canciller para dárselos y hablar sobre sus contenidos privadamente, el cual mandó avisar á Mr. de la Chaux de hallarse en su casa á la hora de comer, porque este señor flamenco se habia bien enterado de estos negocios por el licenciado Casas que protegía. Entre la comida preguntaron al obispo qué le parecia de las pretensiones del padre Casas? respondió que muy bien: se puede dudar que fuese con sinceridad; pero sabia que en hablando así hacia su corte á los señores flamencos. De allí á poco

murió el obispo de tierra firme de una fiebre maligna que le llevó dentro de tres dias que le dió, y no se volvió á tratar ya de las cosas de las Indias. Era el negocio demasiado importante para ser decidido en la misma sesion. Alabó su Majestad el celo del padre Casas, y exhortó á que volviese á su tarea apostólica, dándole palabra de remediar pronta y eficazmente los desórdenes que le habia declarado. Tambien el Rey D. Carlos habia determinado salir cuanto antes de Barcelona para ir á recibir la corona del imperio, y su flota lo esperaba en la Coruña: fuera de eso el Rey, aunque mozo, habia penetrado que la pasion entraba mucho en la proteccion con que su canciller y demas privados flamencos apoyaban las pretensiones del padre Casas. No quiso, pues, concluir cosa alguna, ni resolver estos y otros negocios hasta que le viniesen informes ménos sospechosos y tuviese más lugar de reflexionar con más atencion sobre un asunto, cuya dificultad y importancia comenzaba á comprender. Entretanto pasaban estas contestaciones en aquella augusta junta sobre el punto importante de los repartimientos, se prevenia el gran Cortés para su conquista de la Nueva España. Veamos ahora sucintamente cómo la principió, y los hechos más principales que ejecutó en el discurso de este año, y será la materia del capítulo siguiente.